

EL BROCHE Y OTROS CUENTOS

José Fernández del Vallado García Agulló



© José Fernández del Vallado
Mayo de 2001

© DE LA PRESENTE EDICIÓN ELECTRÓNICA:



VNU BUSINESS PUBLICATIONS ESPAÑA, S.A.
SAN SOTERO, 8. 4ª PLANTA
28037 MADRID

El broche.....	4
Crónica confidencial de un periodista retirado	8
Accidente.....	13
El sueño de Vicente Bernabé	16
La asombrosa historia de Luis Amengual	18
El caso Werner.....	23

El broche

Estaba seguro de que alguien le seguía. Apenas eran las seis de la madrugada; hacía frío y niebla y no podía ver más; pero estaba seguro de escuchar sus pasos cuando se detenía.

Tenía casi la certeza de que era ella, la misma mujer; César la había conocido hacía algunos días en una subasta de Durán, en el mismo centro de Madrid. Había acudido allí porque salía a subasta la colección de joyas perteneciente a la casa de los “Sánchez Colomer.” ¡Ah! Aquella familia.... no es que tuvieran títulos nobiliarios ni nada por el estilo; es más, hasta fechas relativamente recientes, había sido una familia digamos normal... o casi. Sus miembros más destacados, habitualmente aparecían en las páginas de modestas revistillas de sociedad: que si viajes al Caribe; que si un fabuloso chalé en Hollywood y cosas por el estilo. En fin, pertenecían a ese exclusivo “círculo” de familias – hay unas cuantas similares – que dedican sus vidas, a hostigar a los grandes de la aristocracia; persiguen a gente como: Carolina de Mónaco, la familia real española, el Príncipe de Gales, los reyes de Bélgica, y sobre todo a Ladi dy cuando aún pertenecía al reino de las “intocables excelencias terrenales.” Construyen sus casas cerca de las de ellos; se engalanan de las formas más extravagantes y luego, siembran el cebo hasta conseguir su objetivo; y ese no es otro, que el de codearse con sus excelencias. Y si logran mezclar su pobre sangre adulterada con la de los privilegiados, mejor. Así adquieren ese rango para ellos envidiando; ¡y anhelado...!

En cuanto a César, digamos que solo era un apasionado coleccionista que por afición, dilapidaba sus ganancias en adquirir algunos de esos notables tesoros que un día exhibieron las damas y caballeros vinculados a las refinadas noblezas de Europa. Por ello a menudo se veía impelido a moverse entre aquellas dos... corrientes; la perteneciente al mundo de los divinos y la de los melifluos; eternos aspirantes a conseguir una divinidad, la mayoría de las veces, inabordable.

Pero volviendo al tema, César estaba seguro de que solo podía ser ella. Y... desde luego ¡vaya muchacha! La primera vez que la vio en aquella subasta, al instante le llamó la atención, porque entre tanta blancura aristocrática, ella era la única mujer de color. Pero también y se veía a la legua, debía ser de buena familia.

Aquel día, César estaba pujando fuerte por un llamativo broche de oro y lapislázuli, probablemente, perteneciente a la señora Colomer. ¡Oh!, la pertinaz avaricia de la señora Colomer. Sí, conocía demasiado bien los gustos y caprichos de aquella mujer. Sin embargo, ¡no nos engañemos! Ya que a veces los objetos asociados a la alta aristocracia, pueden quemar en las manos de quien pretende ser algo que no es... Y la señora Colomer y aquel broche... El caso es que se cuchicheaban infinidad de comentarios acerca de la procedencia del broche; que si había pertenecido a Margarita de Valois, mujer del Duque Manuel Filiberto de Saboya, también llamado “Cabeza de Hierro”; que si a Federica Augusta de Sajonia; que si a la Casa de Austria; e incluso, había quien afirmaba que a... ¡Napoleón! Aunque algunos se remontaban mucho más allá y aseguraban, que era una pieza rescatada en Egipto; concretamente, sustraída de las ruinas de una antigua y misteriosa ciudad del Bajo Egipto, situada a la derecha del brazo Canópico del Nilo. Que alcanzó su máximo esplendor, en la dinastía XXVI; durante la cual fue capital de Egipto. Se rumoreaba que aquella ciudad tenía un suntuoso templo que contenía, nada menos, ¡que la mismísima tumba de Osiris...!

Desafortunada señora Colomer. ¡Majestuosa mansión en Mónaco! No obstante, desgraciado accidente el suyo. Su casa se hallaba cerca, muy cerca de la de Carolina e incluso, era aún mayor que su palacio; pero como siempre carente de esa nobleza, de esa distinción y en definitiva, de esa sangre azul...

Sí, puesto que la señora Colomer murió en extrañas circunstancias. Por lo visto aquel día, se hallaba en su terraza; degustaba unos deliciosos canapés hechos a base de aceitunas, caviar, paté de oca y delicatessen propios de la “Haute Societé Française”; mientras tanto, y a través de unas potentes lentes que se había hecho instalar, vigilaba los movimientos de la princesa Carolina allá en su palacio; seguramente, con la premeditada intención de formarse; o simplemente imitar sus gustos, para cuando la tuviera delante, declarar cualquier frase melindrosa relacionada con alguna particularidad de la vida de aquella. Cuando de pronto, se ahogó. ¡Sí, se asfixió! Hubo quien dijo, que se le había atragantado un hueso de aceituna “monocox” en el gaznate. Y créanlo o no así parece que fue. Por lo visto, la desafortunada mujer era de traquea constreñida y las aceitunas “monocox”, no están hechas para tragaderas estrechas y menos para tragárselas con hueso incluido.

Pues bien, César pujaba alto, ya que al menos quería hacerse con aquella exótica rareza de la colección de los Colomer; y pese a pujar alto la cosa le estaba resultando mejor de lo esperado, y cuando el broche ya era casi suyo, apareció ella y pujó también por él. En un momento dado, solo quedaban los dos; uno frente al otro y ¡contra el otro! En definitiva, dos oponentes. Y sus ojos, los ojos de aquella... belleza, despedían chispas de tensión cada vez que él subía el listón.... Había algo raro en ellos... César no acertaba a explicarse si sería producto de la tensión, el nerviosismo o tal vez era... ¿pura pasión? No lo sabía. Pero presentía que había algo más. Lo único que supo al final es que salió ganando. Aunque, para cuando quiso darse cuenta, había empleado en adquirir el broche los fondos de que disponía. Pero ya no había forma de dar marcha atrás. El broche era suyo. Él... había ganado, sin embargo ¿realmente había ganado?

Entonces ella se aproximó a él y... ¿fue sólo con intención de saludarlo? César no lo pudo saberlo, porque en realidad estaba desconcertado. Pero el hecho es que ella, rodeándole el cuello afectuosamente con aquellas maravillosas manos le dio un sensual beso en los labios... Y a continuación él... ¡Él ya no era el mismo! Se sentía confuso y descentrado y en resumen, se sentía plenamente rendido a los encantos de aquella mujer. Sí, porque ella, aparte de hermosa tenía algo de especial: sus cabellos, negros como el azabache, estaban envueltos en un exótico moño engastado en una diadema de brillantes; sus ojos eran verdes, con un atractivo sesgo oriental; sus labios finos y encarnados; su frente oval; su suave

piel color de ébano; y aquel perfume, extraña combinación entre violetas, rosas, y azucenas; que irradiaba en él la inquietante sensación de hallarse frente a algo, verdaderamente único. Luego, no sin antes recorrer la superficie de su semblante – el corazón le latía con fuerza – aproximó con suavidad la boca al oído de César e insuflando su incandescente vaho de animal vehemente y desenfrenado en su interior – sí, porque ella, en cierta manera le recordaba a un ser... salvaje – pronunció una cifra a cambio del broche. Una cifra exorbitante; que él denegó con expresión incrédula. Entonces y de pronto, toda la magia implícita en ella se esfumó; lo apartó con violencia y exasperada, se marchó sin siquiera despedirse.

Y ahora César presentía que quien lo estaba siguiendo era ella. Por las mañanas, cuando acudía al trabajo; o si salía por ahí, aunque lloviera, nevara o hubiera niebla... ¡Siempre! Sin embargo, continuaba ignorando cual podría ser el motivo por el que ella deseaba tanto el broche; e incluso, si era a causa del broche por lo que lo espiaba constantemente. A veces, le gustaba alimentar su vanidad, imaginando que todo era porque en el fondo ella le deseaba, aunque de no ser así probablemente fuera algo distinto y ella aguardara el momento preciso para... ¡asesinarlo?! ¿Sería eso?; posiblemente. Pero en el fondo, transcurridas varias semanas, ya nada le importaba en exceso, porque presentía, que mientras portara el broche con él, ella se limitaría sólo a eso; a seguirlo, siempre a donde fuera y sin poder hacer nada, o desear hacerle... nada.

Y estaba solo, extraviado, a merced de las calles de aquella desoladora barriada. Unas travesías que le resultaban exactas, de una geometría exasperante; y ella, de nuevo ella, estaba a sus espaldas; o delante de él, o a su lado, en algún lugar indefinido entre la espesa bruma y él. A menudo podía escuchar el penetrante repiquetear de unos finos tacones de aguja. Entonces gritaba preguntando: “¿¡Quién va!? ¿¡Hay alguien ahí!? ¿Eres tú?!” Pero a cambio, siempre recibía la misma respuesta: Silencio. ¡Desquiciante silencio! Sí, César se sentía en parte tan perdido y agobiado, como si de pronto se hallara en los aterradores corredores del laberinto del Minotauro. Y todo por citarse con aquel amigo del trabajo. “Es fácil” – le había dicho – “sólo has de coger el metro salir en la estación indicada y caminar en línea recta; luego giras la primera a la izquierda, después la segunda a la derecha, luego otra vez a la izquierda y yendo todo recto, encontrarás el “Bar el Acueducto” ¡El Acueducto eh! No se te olvide. ¿Sencillo verdad?” Sí, sencillo, sencillo. Y él... ni puñetera idea de aquella barriada.

No tenía idea de cómo sucedió pero de pronto estaba en un parque. Un parque en medio de aquel patético barrio ¡quien lo hubiera imaginado! Por eso mismo, el lugar todavía le resultó mucho más decadente y solitario que las mismas calles... Y sin apenas ser plenamente consciente de nada, se fue adentrando en las sinuosidades de aquel fantástico lugar. Y en algún punto indeterminado de ese deda-lo de arbustos y sombríos árboles milenarios, ardía una hoguera, y junto a la hoguera... ¡Nadie! Sólo el mas absoluto silencio, y el melifluo crepitar de unas llamas, que por lo menos ofrecían algo de calor a su organismo, y le apremiaban a demorarse, a no proseguir adentrándose más en lo desconocido.

Había un banco al lado de la hoguera. A César no se le ocurrió mejor solución que sentarse en él y calentarse las manos; y cuando quiso darse cuenta, sintió una presencia a su lado. Un angustioso escalofrío recorrió su espina dorsal. ¡Ella estaba ahí! Junto a él. Sin embargo, juraría que la soberbia mujer que había competido con él por el broche, no parecía la misma. Estaba algo más demacrada, su respiración resonaba como un estertor sibilante, y sobre todo sus ojos eran amarillos y brillaban con una intensidad inusual.

Emitió un sonido dulce, como el llanto de una animal herido; cruzó los brazos sobre su pecho; y acercando de nuevo los labios a su oído, balbuceó. “Por favor... ¡dámelo! Necesito el broche.” Pero, pese

a la aprensión que le embargaba, desprenderse de un broche que le había costado una pequeña fortuna, no era algo tan sencillo.

Haciendo acopio de fuerzas César se atrevió a preguntar: ¿Acaso no tienes bienes? Ya que además de hermosa, pareces una mujer poderosa.

Ella se quedó un rato contemplando el vacío, sus labios esbozaron un enigmático gesto. Cuando volvió la vista para mirarlo, la intensidad de sus ojos había aumentado y ahora resplandecían como las mismas brasas de la hoguera. Entonces César fue presa de un irresistible acceso de pánico, que de pronto e inexplicablemente, se transformó en abnegada pasión. Una extraña fe condicionó sus movimientos dirigiendo sus manos hacia donde tenía escondido el broche. Le costó sacarlo del doble forro donde lo ocultaba, pero finalmente lo extrajo y se lo entregó; y con ello le ofreció también su más sumiso delirio amoroso.

Ella, tomándolo con delicadeza entre sus manos, lo besó en la boca. Luego murmuró unas frases ininteligibles y se puso el broche. Y ¡su fisonomía se transformó! El caso es que una vez más era la hermosa y resplandeciente mujer que se había presentado en la subasta.

“Gracias. Has recuperado mi alma y me has devuelto a la vida”. Sí. Esas mismas palabras fueron las que César oyó o... creyó escuchar en boca de la mujer.

En lo que a él respecta, se hallaba inmerso en una especie de trance o conmoción tal, que incluso llegó a pensar, que todo era un sueño o simplemente producto de un amor irracional. Y en cierto modo, no estaba equivocado, pues para él en realidad era algo así. Luego ella se incorporó, y sin despegar los labios, se introdujo en la niebla y desapareció de su vista. Cuando César se recobró, o volvió a la realidad, aunque tal vez aún continuaba inmerso en la misteriosa locura, la buscó entre la bruma e incluso se atrevió a llamarla. Sólo entonces se dio cuenta de cuánto la deseaba pero, al igual que nos sucede en algunas pesadillas o alucinaciones, un extraño poder condicionó sus movimientos y lo mantuvo aferrado al banco, lo que le impidió en todo momento desplazarse; y tal vez fue porque de pronto... ¡sintió tanto pavor...! El hecho es que allí no había ¡nada, ni nadie! ¿Realmente ella había estado allí? Sólo continuaban estando él y aquella misteriosa e incomprensible soledad. Entonces fue cuando se preguntó si alguna vez ella habría estado y luego, se sumió en un extraño sopor...

Lo halló la policía. Lo detuvieron por prender fuego en un parque público. Cuando salió de la comisaría luego de haber pagado una multa, se encontraba tan mal que se encerró en su casa y no salió de la cama hasta después de un par de semanas. Luego, un día volvió a ver a su amigo, que desconcertado le dijo. Te estuvimos buscando durante horas... ¿¡Dónde diablos te metiste!? César no contestó a su pregunta, como tampoco volvió a hablar nunca sobre el tema. Sencillamente, aparte de estar abatido y desanimado por lo que consideraba la pérdida de la mujer más fascinante que había conocido en su vida, se sintió incapaz de comentar nada acerca del misterioso suceso; porque además era plenamente consciente de una cosa. ¡Nadie le creería jamás!

29/11/2000

FIN

Crónica confidencial de un periodista retirado

Lo encontramos en la cima de la colina; su talla de algo más de un metro noventa sobresalía por encima de la roca donde, con expresión de soberbia, se mantenía erguido y silencioso. Con la brisa de la mañana, su cabello rubio se ondulaba, y sus facciones anglosajonas contrastaban con su elegante nariz aguileña. Un puntiagudo machete le colgaba hasta la pernera y se adhería con firmeza, sobre unos desgastados pantalones de miliciano; la camisa color caqui y una sonrisa maliciosa grabada en su semblante. Pero sobre todo, escrutando la selva como si fuera de su propiedad, cabría resaltar sus ojos; profundos e inquietantes como el vacío de una sima tenebrosa.

Se llamaba Otto Van deer Bruck. Otto el cazador; temible asesino de gorilas y también se decía, de algún desafortunado ser humano que había osado interponerse en su camino.

Y a su lado, en cuclillas, observándonos con una sonrisa velada, estaba el descomunal corpachón de un monstruo de anchas espaldas, ojos saltones, cuello de toro, labios carnosos y abultados como larvas de gusano, y las manazas más poderosas que jamás he visto en un hombre. Aquel tiarrón era su fiel escudero: David Litongó.

Dándose la vuelta Otto clavó su mirada glacial en nosotros: mi amigo, el cámara Juan Delgado y yo, Josemaría Fernández; periodista sin más historial que el que me estaba forjando en esos primeros instantes de asombro.

Preguntarse qué demonios hacíamos perdidos junto a aquellos dos hombres en la selva de Camerún, es algo que además de carecer de sentido, ahora y pensándolo con la serenidad que me confiere el hecho de estar agradablemente acomodado en el cenador de mi casa, no deja de atormentarme. Mi mente está como embotada y especialmente, acerca de un par de intranquilizadoras cuestiones; la primera de ellas es: ¿De quién partió la locura de viajar al África Occidental con la absurda pretensión de filmar al Kuaranó? Y la segunda: ¿qué me indujo a sentirme tan seguro, como para convencer al director de la redacción donde trabajaba, de que el Kuaranó no era una burda quimera y sí una realidad?

Ahora mismo tan sólo creo estar seguro de una cosa: yo fui el primer y único responsable; aunque el hecho de tener que admitir semejante incongruencia, sea algo que mi mente se niega a aceptar.

Pero... antes de proseguir, me veo en la obligación de añadir..., que ni tan siquiera sé qué demonios me impulsa a escribir esta columna. Quizás lo haga para reconstruir mejor un suceso que nunca podré olvidar, ya que permanece impreso en mi memoria y al evocarlo de nuevo, me parece revivirlo en toda su crudeza... Aunque tal vez solo sea mi costumbre de escribir... por escribir. Sin embargo si de algo estoy por completo seguro, es de lo siguiente: “Este documento, no debe ver la luz del día y por lo tanto, jamás será editado en publicación alguna”.

Aclarado este punto, me limitaré a proseguir:

El caso es que aquel vaporoso día del mes de febrero conocimos a aquellos hombres; y allí estábamos, casi en posición de firmes, ofreciéndoles nuestra más conciliadora disposición, y por qué no decirlo también, con cierto desasosiego. Mientras a nuestros pies, sin importarle un carajo nuestra humilde intromisión, la selva más fascinante que haya visto, florecía – y digo haya visto – porque después de aquella experiencia nunca he vuelto a ver – sin experimentar un acceso de rechazo – más selva que la proyectada en los documentales.

Antes de que lo que voy a narrar sucediera, anduvimos durante semanas en las que asistimos impotentes, a ciertos hechos ante los que yo y cualquier hombre – supongo – con un mínimo de honestidad, debería sentirse avergonzado. Para empezar fuimos conscientes de un hecho esencial: la jungla estaba gravemente amenazada; y el virus que la devastaba sin tregua éramos los hombres.

Las compañías madereras constituían la primera lacra; talaban a un ritmo desproporcionado; abriendo pistas que traspasaban el follaje, permitiendo así que los oportunistas, bien por necesidad o simplemente por lucro, se apoderaran de sus frágiles tesoros con impunidad.

Tribus enteras eran asoladas; sus hombres engañados y cuando no asesinados; sus mujeres violadas, y sus hijos..., inducidos a la fuerza a conocer las locuras de la civilización, donde por primera vez experimentaban en sus carnes las palabras: desolación y miseria.

Con un panorama tan crudo, podrán imaginar cual era nuestro estado; estábamos abatidos y en nuestro ánimo, permanecía implícito el temor a lo desconocido, y quizás en mayor parte, a lo que en cualquier momento pudiera sucedernos si aquel par de... individuos, decidían que ya no éramos – por decirlo de algún modo – útiles a sus intereses. Caminábamos con la muerte a nuestras espaldas. Por supuesto, solo el mero hecho de acompañarlos nos supuso tener que desembolsar una suma sustanciosa; no obstante, sus fingidos aires de contrariedad me revelaron algo que no esperaba. Y es que a ellos dicha cantidad no pareció interesarles o más bien... sí la consideraron. Sin embargo, el problema esencial es que no colmó su codicia por completo; lo cual me indujo a desconfiar y llegué a una conclusión: ¿Esperaban obtener algo más de nosotros?

Aquello me hizo formularme otra comprometida pregunta: ¿Hasta dónde podría llegar su ambición? Ya que inmersos como íbamos a estar en la jungla, deshacerse de una carga molesta y luego aducir cualquier pretexto, era algo que por aquellos lares estaba al orden del día.

De modo que sin que ninguno lo supiera, ni siquiera Delgado, cierta mañana me encaminé al mercado de Yaundé y en un deteriorado bazar, conseguí hacerme por un precio razonable con un viejo Colt. ¡El cacharro era idéntico a los de las películas del Oeste!; pero según me aseguró sonriente su vendedor, todavía era capaz de abrirle a uno un boquete respetable. Sin embargo, no me preocupé demasiado por su calidad, puesto que ni siquiera se me pasó por la cabeza pensar que en un momento determinado, mi vida podría depender de aquel cachivache.

Debo hacer aquí un paréntesis para aclararles un punto crucial. Como saben, el verdadero objetivo de nuestra misión era el de encontrar y si nos era posible filmar por vez primera (si es que existía) al Kuaranó. Se preguntarán qué clase de animal, u organismo era el susodicho Kuaranó. ¡Pues bien!, ahí radicaba el enigma esencial; dado que ni nosotros mismos teníamos una referencia clara de cómo o qué podía ser lo que buscábamos. Pero ateniéndome a los datos que fui reuniendo en los poblados que visitamos, conseguí idear una teoría. El kuaranó quizá fuera un pariente cercano a los homínidos. Así pues y en consecuencia, de existir realmente, quizá tuviéramos ante nosotros una insólita variedad de fósil viviente.

Atendiendo a la descripción facilitada y más o menos coincidente de las escasas personas que aseguraron haberlo visto, la criatura debería de ser una especie de bestia colosal, cuya envergadura... – Insisto, no eran datos en cuya fiabilidad uno se pudiera respaldar – vendría a ser... ¡el doble de la de dos gorilas adultos!

Sin embargo, lo enigmático del asunto y lo que me resultó casi inconcebible, fue que ni una sola de las personas con las que hablé supo facilitarme, es más ni tan siquiera precisar la forma... ¿me comprenden?, el “perfil” del extraño animal... o lo que fuera... aquello.

Como es natural, semejante aseveración me indujo a desconfiar y llegué a una prudente conclusión: Sin duda la realidad estaba siendo distorsionada: el miedo y la ignorancia se bastan para transformar una simple visión en una desmesurada ficción. No obstante y pese a todo deduje que debía tratarse de un ser extraordinariamente asustadizo. Y además, y este fue uno de los argumentos fundamentales que me impulsaron a emprender semejante aventura; tenía una corazonada: Si en realidad tal espécimen existía, ¿no podría tratarse de un pariente cercano, y cuyo hábitat radicara en la jungla, al del mítico Yeti...?

A primera vista resultaba sencillo reparar en que clase de hombre era Otto -no tanto así Litongó-. Era de esa clase de personas que necesitan creer lo que ven y, si les es posible, palpar con sus propias manos aquellos objetos que se hacen dignos de su atención. Resumiendo, Otto era un hombre ambicioso que vivía al orden del día; así pues aquella superstición, mientras no se le pudiera sacar su partido, carecía de cualquier interés para él. Por lo demás, pese a su incredulidad, el hecho por el cual nos unimos a ellos resultaba obvio; ambos conocían bien la selva y sobre todo sabían como desenvolverse en su terreno.

Cualquier animal que se situara ante la mira de sus fusiles podía ser un blanco idóneo; ya fueran: puercoespines, chimpancés, serpientes o todo tipo de aves. Todo era comestible y tenía un precio, pero su objetivo principal eran los gorilas. El esqueleto y la carne de un solo gorila, venía a costar el doble o el triple del salario mensual de un trabajador.

Hasta que una noche Otto nos despertó. Durante el día habían estado colocando trampas sin cesar; mientras con una incomprensible sonrisa impresa en la comisura de sus labios, observaban las porciones de cielo gris que era posible divisar entre las copas de los árboles. Sabíamos que en cualquier momento podría llover, pero no pudimos imaginar por qué motivo aquello les entusiasmaba tanto. Esa misma noche lo comprendimos... todo.

—Los gorilas! ¡Están aquí!, nos dijo Otto radiante. Y nos invitó a seguirle.

Salimos a rastras de la tienda. Diluviaba. La selva entera era como un espeso caldo que rezumaba olores singulares. El suelo cubierto de detritus crepitaba a nuestro paso. Pero apenas podíamos oírnos, puesto que el estruendo constante de millones de gotas de agua golpeando sobre millones de hojas, hacía inaudible cualquier intento de comunicarnos.

Al instante comprendí la satisfacción de los cazadores. Bajo la lluvia, el ruido y el olor se disipaban; así los gorilas tampoco advertían las trampas.

Escuchamos los primeros gemidos cuando ya estábamos encima. Frente a nosotros estaba Litongó; sostenía entre sus manos una afilada lanza y se reía; y lo hacía de una forma en ningún aspecto agradable. Bajo sus pies, la silueta ensangrentada de una gorila hembra, gemía igual que un ser humano. Y aferrado a ella, un pequeño gorila chillaba asustado. Nunca había visto nada semejante. Aquello se me insinuó un acto tan cruel como puede serlo el asesinato de un ser humano indefenso. Estaba sobrecogido. Me volví hacia donde suponía que debía hallarse filmando Delgado y lo vi allí tan terso y lívido como un cadáver.

Otto se acercó alegremente y sin reparos desprendió a la cría de la madre. Ésta profirió un alarido espeluznante y Litongó, como si por primera vez estuviera asustado, le clavó el arma en el corazón.

Otto, volviéndose a nosotros, dijo satisfecho:

—Buena pieza. ¡Por este pueden pagar hasta diez mil!

—¿¡Diez mil francos!? Exclamé impresionado.

—Sí; diez mil...

Un chillido amenazador interrumpió las palabras de Otto. Sonaron unos golpes secos como mazazos, y de la espesura surgió un gran gorila de lomo plateado, que con sorprendente agilidad se abalanzó sobre Otto, y dándole un brutal empujón le arrebató el pequeño gorila. Otto se desplomó con la mirada vacía y la cabeza reposando como un colgajo sobre el tórax. ¡Tenía el cuello roto!

Litongó vio morir a su jefe y abriendo la boca de par en par, emitió un bramido atroz; a continuación, con los ojos fuera de las órbitas, se abalanzó en pos del gorila; hasta que de pronto, se detuvo. Al principio no pude advertir lo que sucedía, luego..., fue cuando lo vi. Aquella cosa estaba ahí... ante nosotros, cerrándole el paso a Litongó. Era una masa informe, oscura, y casi tan densa como una impenetrable maraña de espesura. Y el africano, la observaba turbado; titubeó, y entonces empezó a musitar unas palabras ininteligibles en su idioma, y de repente, como poseído por un arrebato de locura (y tal vez fuera así), arrancó blandiendo su lanza por delante hacia el... ¡¡Kuaranó!! Porque aquello sin duda era un Kuaranó.

No sé exactamente como ocurrió...; pero en un abrir y cerrar de ojos el cuerpo del africano era simple carnaza. Todo sucedió tan rápido... Cuando quise reaccionar percibí la figura Delgado tratando de escapar. Se deshizo de la cámara como de un juguete infectado y, cual no sería su estado, que en su atropellada carrera, seguramente guiado por el más cerril de los instintos, fue a parar precisamente donde aguardaba el... engendro.

Tan sólo recibió un leve toque. ¡Lo juro! Apenas fue un roce; y el cuerpo de Delgado salió proyectado hasta golpear contra el tronco de un árbol y caer al suelo agonizante.

Tras el desquiciado frenesí de los primeros instantes, un extraño silencio se instaló en el lugar. Ya no llovía. Ahora tan sólo estábamos “él” y yo. Ví brillar lo que parecían ser unos ojos en la penumbra. Se detuvo junto a los restos de la hembra de gorila, la observó y olisqueó su cadáver; y en tanto yo, permanecía en tensión, sin siquiera dar un solo paso ya que..., ¡realmente estaba tan asustado, que las piernas apenas me respondían!

En ese instante escuché una desasapacible percusión. ¿Los gorilas otra vez...? No. El ser se golpeaba tal como lo harían... ¡Pero aquella cosa no era un gorila! Ni tan siquiera tenía su aspecto o algo que ver con cualquier cosa conocida. Era... algo diferente, anormal... ¿o... animal? ¿Podría llamársele así?

De pronto, sin apenas hacer ruido... el engendro se aproximó hasta mí. Recuerdo que entonces me pregunté, cómo era posible que un ser de semejante envergadura, fuera capaz de desplazarse de forma tan increíblemente silenciosa....

Estaría casi encima de mí... cuando se detuvo y me escrutó con curiosidad... o temor. Lo tenía tan próximo, que pude escuchar con claridad su agitado jadear. Tan cerca, que si quisiera podría haberme aplastado con sus descomunales extremidades y yo, no supe hacer otra cosa que llorar...; lo que quizá sea la forma más parecida de suplicar, y lo que en realidad me salvó la vida. El hecho es que... sea como fuere, de algún modo aquel... “ser” ni siquiera me rozó.

De repente fui consciente, de que entre mis manos estaba el arma; no sabía cómo ni cuándo se había instalado ahí, pero allí estaba. El Colt empezó a deslizarse entre mis dedos empapados en sudor, se me escapó de las manos y fue a parar al suelo. Sólo hubo un leve contacto sobre la capa de hojarasca... luego ¡una detonación!; y en un abrir y cerrar de ojos el Kuaranó o lo que fuera, se había evaporado...

Lo irónico del asunto es que ni tan siquiera había sido capaz de utilizar el arma. Tardé cinco días en abrimme paso hasta la pista más cercana, donde después de esperar siete horas sentado como un alma en pena, me recogió un camionero...

3/05/2000

FIN

Accidente

Luis Acevedo abrió los ojos y un atroz resplandor que le cegaba le obligó a cerrarlos de nuevo. Quiso llevarse una mano a la frente y tratar así de proteger sus ojos del fulgor, y a la vez que sentía una molesta punzada de dolor, se dio cuenta, de que tenía un brazo fracturado. Volvió hacia un lado la cabeza para no tener que mirar de frente al sol y se preguntó dónde estaba, pero un espeso velo de inconsciencia nublaba su cerebro y no pudo recordar absolutamente nada. Se decidió a incorporarse y cuando quiso hacerlo sus piernas no le respondieron. Jadeando consiguió apoyarse sobre el otro brazo y entonces, fue cuando realmente se dio cuenta de su verdadera situación.

Su brazo fracturado reposaba vuelto hacia atrás en una posición inverosímil; con todo, eso no era lo peor; lo malo era el hecho de que de cintura para abajo no tuviera la menor sensibilidad. Pero lo que le resultó más sobrecogedor fue comprobar que estaba tendido al borde de un profundo barranco, y que sobresaliendo en el aire, una de sus piernas colgaba desde la mitad del muslo hacia el exterior. Así pues en cualquier instante y con solo realizar un leve o inadecuado movimiento, la precaria balanza en que se encontraba podría desestabilizarse y arrastrar el resto de su cuerpo hasta precipitarlo al vacío.

Comenzó a gritar pidiendo auxilio, pero la resonancia del escarpado valle donde se encontraba tan sólo le devolvió el eco de sus propias palabras. Porque así era, se hallaba en una montaña. “En una montaña”, pensó. Y era cierto. Apenas fue una vaporosa abstracción pero rápidamente el velo que obstruía su percepción se comenzó a desmoronar. Y así fue como volvió a recuperar la memoria. Pero los recuerdos de lo sucedido con anterioridad no se le presentaron ordenadamente, sino a retazos atropellados e imprecisos que impactaban sobre su mente para luego volver a desaparecer. Primero vio una casa. Un chalé de madera en la montaña. Después una chimenea y luego la habitación. Se trataba de un salón confortable, decorado toscamente. Sobre la chimenea había una inquietante cabeza de jabalí, cuyos ojos todavía parecían resplandecer como si quisieran reflejar los instantes de ira y terror anteriores a una muerte violenta. También había una mujer; a continuación evocó su nombre. Gladys... Eso era Y después, como una oleada confusa pero irreprimible, todo lo demás: las risas, los amigos, el alcohol y ella o los dos, besándose apasionadamente... Hasta que algo se interpuso entre ambos. Y ahora

estaba otra vez él; pero solo; la hoguera crepitaba, él bebía y más allá, en el sofá del fondo del salón, seguía estando ella. Pero... qué hacía allí si debía de estar con él. Y sin embargo no estaba sola; arremado a ella había alguien y ella conversaba con él... Con aquel hombre. ¡Ella y aquel hombre! Lo vio claro. A continuación percibió su contrariedad, sus celos, su ira... Después estaba otra vez solo, pero ahora en el interior del Land Rover; en un camino forestal. Conducía como si participara en un Rally, derrapaba en las curvas, frenaba bruscamente y volvía a pisar a fondo el acelerador. Hasta que tuvo el accidente. ¡El accidente! Fugazmente vio el coche volcado y a él que lograba salir a duras penas por la ventanilla. Pero estaba bien. ¡Se encontraba bien! Solo necesitaba caminar, caminar... seguir caminando; ¡y ya no podía caminar...!

Y ahora estaba allí tirado, con su cuerpo balanceándose como un péndulo al borde de aquel barranco; ya ni siquiera era capaz de seguir pidiendo auxilio, porque de tanto gritar se había quedado exhausto. Y se hacía de noche y tenía sed, los labios agrietados, el brazo dolorido, una brecha en la cabeza; pero lo que más le atormentaba eran sus propias reflexiones. ¿Cómo había llegado a cometer semejante estupidez? Sí, lo había hecho en un arrebató de celos y locura, y porque estaba borracho. Pero eso era algo normal porque últimamente siempre estaba alcoholizado. ¿Y Gladys...? Gladys no era una idiota. Era una chica sensible y era obvio que le molestara un borracho grosero. ¡Dios! Debía de haberse puesto tan insoportable...

Empezó a sentir frío pero sobre todo tenía miedo de moverse y precipitarse al vacío ¡Por dios! Lo daría todo por poder volar o sencillamente dejarse caer y descender flotando, y con la suavidad de una pluma, posarse suavemente en el fondo del barranco. Y sin embargo reflexionó, no era miedo lo que sentía. En ese preciso instante lo vio con claridad. No era miedo sino algo mucho más intenso, más visceral, más... inquietante si cabe. De pronto oyó algo. Aguantó la respiración. Sobre su cabeza algo había crujido. En ese momento pensó que en aquellas circunstancias, era probable encontrarse con fieras y más por la noche; las fieras cazaban de noche. Estaba en los EEUU en las rocosas. Y allí todavía había pumas, coyotes, jabalíes, y algún que otro oso grizzly. Los grizzly eran osos con reputación de asesinos. Les gustaba la carne, y probablemente, les atrajera el olor de la sangre; y en su actual estado de indefensión él era una presa fácil. No, no le apetecía morir devorado lentamente. Pero... y aquel ruido ¿seguía ahí? Sí, por encima de su cabeza y ahora cerca, muy cerca, a apenas unos cuantos metros algo hacía que los arbustos se movieran. Podía tratarse de un oso o quizá un puma. Con su único brazo disponible Luis Acevedo se aferró a una piedra y se dispuso a luchar por su vida. Sentía el cabello erizado, los músculos tensos, y un sudor frío le recorrió el espinazo. Entonces gritó.

—¡Fuera! ¡Largo de ahí!—. Y arrojó la piedra a los matorrales.

Como si tuvieran vida propia, los matorrales comenzaron a agitarse; se oyó una especie de zumbido, luego un vigoroso revoloteo y una masa pardusca pasó a su lado y se perdió en la oscuridad del barranco. ¡Solo era una lechuza! se dijo Luis acevedo. Y como si de pronto deseara descargar la tensión acumulada, comenzó a reír con nerviosismo. La oscuridad le devolvió duplicada su carcajada y Luis Acevedo dejó de reírse, pues en el silencio de la noche su eco le resultó siniestro.

Y así permaneció, en silencio y en tensión durante el resto de la noche, en aquella postura grotesca: el brazo vuelto hacía atrás, la pierna inclinada sobre el vacío y probablemente congelada, porque hacía mucho frío; y aunque se sintiera terriblemente cansado, el frío y la angustia le impedían dormir.

Todavía no había salido el sol cuando un ruido le inquietó. Luego, comenzó a sentir un siseo. Algo se acercaba en su dirección. Algo mortal y poderoso deslizándose entre el matorral con lentitud hacia él. Sintió el contacto de una piel fría y allí estaba, sobre su abdomen. Una mortífera serpiente de

ACCIDENTE

José Fernández del Vallado García Agulló

cascabel. La serpiente le observaba; sus ojos de cristal parecían reírse de él. Abrió las mandíbulas como si bostezara y se dispuso a morderlo. Sin embargo, en lugar de morderle, le habló. ¡Le habló! Y esto fue lo que le dijo.

—¡Cálmate Luis! No te muevas. Te voy a sacar de aquí.

Y Luis Acevedo la contemplaba atónito, sin poder dar crédito a lo que oía. La serpiente siguió.

—Tranquilo Luis, ¡soy Gladys! Te voy a sacar de aquí.

Pero Luis Acevedo ya no podía creer, ni ver. Porque en realidad tenía miedo. ¡Estaba aterrado! Y además, cómo creer en una repulsiva y mentirosa serpiente.

Sin dejar de mirarla con los ojos muy abiertos profirió una aguda carcajada y dijo.

—Desde luego que sí. Sabes... Eres tan hermosa...

Y bruscamente de un violento manotazo logró desprenderse de ella y la empujó al precipicio. Sólo entonces comprendió que realmente Gladys era una serpiente.

12/05/2001

FIN

El sueño de Vicente Bernabé

Una noche, Vicente Bernabé tuvo un sueño, era un sueño extraño pero a la mañana siguiente, se sintió diferente.

Tuvo un sueño y en su vida ya había tenido miles de sueños pero ninguno como aquél. El caso es que soñó con que era un cantante y cantaba tan bien como los mismos ángeles. Y así fue como Vicente Bernabé deseo ser cantante.

Lo primero que hizo nada más salir de la cama fue empezar a ensayar una canción y mientras recorría el trayecto que le separaba del baño, continuó cantando; y se metió en la ducha cantando; luego salió y se afeitó cantando se cepilló y enjuagó los dientes cantando y finalmente se vistió cantando y cuando terminó de cantar la canción que estaba cantando, empezó a ensayar otra. Desayunó cantando, luego salió de la casa fue al garaje y montó en su bicicleta cantando y se dirigió a la fábrica como todos los días, solo que ahora lo hizo cantando y cuando acabó la canción, empezó a cantar otra y eso hacía cantar sin parar cuando de pronto algo le hizo detenerse y se detuvo.

Y se detuvo y aunque al detenerse su instinto le indujo a guardar silencio, no fue capaz de dejar de cantar; pero si se detuvo, no fue porque quisiera dejar de cantar sino porque de pronto, Vicente Bernabé se dio cuenta, de que cantando era inmensamente feliz y se dio cuenta también, de que en el trabajo, no le permitirían cantar. Tendría que callarse y pasar más de diez horas sin poder hablar y en definitiva, sin poder cantar.

Entonces Vicente Bernabé tuvo miedo y dando media vuelta, volvió hacia su casa.

Sin embargo, cuando Vicente Bernabé llegó a su casa, ya se había recuperado del susto, y ahora cantaba todavía más resuelto si cabe. Guardó la bicicleta en el garaje cantando, entró en la casa cantando, fue al baño y orinó cantando; luego se hizo la cama cantando, barrió y fregó cantando, y después llamó por teléfono a un amigo, y cuando éste le contestó, él le cantó una canción que le pedía, si por favor se podía pasar cuanto antes por su casa, pues tenía unas cuantas canciones que cantarle con urgencia; y una vez hubo colgado, Vicente Bernabé pensó cantando, que ya había terminado satisfactoriamente con su período de prueba y sin embargo, no podía dejar de cantar puesto que todavía aspiraba

EL SUEÑO DE VICENTE BERNABÉ

José Fernández del Vallado García Agulló

a cantar mucho más correctamente, pues si dejaba de cantar, olvidaría todo lo cantado y además, se moriría de tristeza.

Cuando el amigo de Vicente Bernabé llegó, éste empezaba a estar algo afónico de tanto cantar, pero no podía dejar de cantar, y le invitó a sentarse cantando, y cuando ambos estuvieron sentados empezó a cantarle una hermosa canción que decía:

*Querido amigo Juan, la vida es una canción,
y por eso, hoy me he levantado cantando.
Querido amigo Juan te conozco muy bien y sé que estás preocupado.
Pero si quieres ser feliz tan sólo habrás de cantar, y si
cantar una canción no te consuela sabes que siempre podrás
cantar, muchísimas más...*

Y así estuvieron, cantando y hablando, hablando y cantando durante horas y cuando su amigo le pidió que le narrara el sueño, Bernabé no supo o no fue capaz de cantárselo, porque ya ni siquiera lo recordaba y porque un sueño, solo es para el que lo sueña y nadie más puede interpretarlo o tan siquiera percibirlo, y aquel sueño le había proporcionado una felicidad tan grande, que era imposible de contar o describir y, si alguna vez se contara, dejaría de ser un fantástico sueño y pasaría a ser un sueño tan normal como cualquiera, aunque los sueños, casi nunca suelen ser normales.

Y así estuvieron uno cantando y el otro hablando hasta que el amigo se marchó.

Luego se hizo de noche y Vicente Bernabé siguió cantando; se puso el pijama cantando, vio una película mientras cantaba y sin dejar de cantar, cantó las páginas del libro que estaba cantando, luego apagó la luz y siguió cantando hasta altas horas de la noche. Y no se durmió sino que siguió cantando o tal vez sí se durmió y soñó cantando.

Al amanecer Vicente Bernabé seguía cantando; vio salir el sol y cantando pensó que que bello era el amanecer y cantando pensó que que hermosa era la vida al ser cantada y se sintió feliz, tan feliz, que cantó cada vez más alto y más alto, haciendo un derroche de energía tal, que su respiración se fue acelerando y el pulso y los latidos de su corazón también; y es que, realmente era tan dichoso y sabía que estaba cantando tan maravillosamente bien, que se sentía verdaderamente agitado y después cansado, y luego agotado...

Aquel mismo amanecer, Vicente bernabé murió, pero lo hizo siendo un hombre íntegro y feliz, y sobre todo, sin dejar en ningún momento de cantar....

14/12/2000

FIN

La asombrosa historia de Luis Amengual

Era siete de enero de mil novecientos setenta y siete cuando Luis Amengual, nada más despertarse, empezó a ser consciente de que su vida había comenzado a cambiar.

Su primera resolución, sobre la cual además no tuvo ni la más imperceptible duda, fue que para vivir ya no le iba a ser necesario continuar en el trabajo. Y es que, desde un primer instante de comprensión en aquella fría y desapacible mañana de enero, y sin apenas hallar una explicación a sus... ¿confusos tal vez?, aunque en todo caso, espontáneos sentimientos, vislumbró que existía otra razón de fuerza mayor. Y esa era, que al menos en lo que a él incumbía, su etapa en la tierra como persona, sí, como ser humano, carecía ya de cualquier sentido.

Por contra, legítimas e innegables percepciones le indujeron a un nuevo estado de ánimo; y ese estado o disposición dio como resultado, que por primera vez en su vida llegara a sentirse libre de cualquier responsabilidad. En efecto, – y por explicarlo de algún modo – aquellas sensaciones fueron si no exactas, por lo menos similares a las que, por ejemplo, puede experimentar cualquier ser orgánico en libertad. Sí, se sintió... ¿cómo expresarlo? Pues quizá la única manera que haya de definirlo sea decir como... ¡como un animal! Sí, así fue; como una bestia salvaje y en cierto modo, desorientada...

Compulsivamente empezó pues por rascarse detrás de la oreja; por otra parte algo normal; sin embargo, lo que le resultó verdaderamente raro del asunto fue la forma que tuvo de hacerlo: con la palma de su mano extendida y las falanges de los dedos curiosamente crispadas. Prosiguió desperezándose, por otra parte algo también normal, no obstante lo que le pareció extraordinario, fue que mientras se estiraba mantuviera sus falanges flexionadas y se dedicara a arañar con vigor la superficie de su mesilla de noche. Pero lo que terminó por asombrarle realmente, fue cuando bostezó; bueno, si algo llamó su atención no fue el bostezo propiamente dicho, sino su curiosa resonancia; puesto que le resultó increíblemente desentonado; y fue al go así... como ¡como el rugido de una fiera!

Su asombro ya no tenía límites; y más cuando se dio cuenta de que... ¡olfateaba!; sí, contorsionando el cuello a ambos lados se estiró y se puso a olfatear. Entonces fue consciente de que podía oler-

lo todo con una precisión asombrosa, inigualable en minuciosidad. Y en ese preciso instante percibió algo nuevo, concretamente un olor. Era un penetrante aroma a rancio que se extendía por toda la habitación y le transmitía un ligero efluvio que le recordó al del pescado podrido. El olor lo impregnaba absolutamente todo; desde el mismo centro de la habitación hasta los rincones más inaccesibles. Bañaba los anaqueles de caducos libros, perfumaba la cama, el suelo, la nevera, y por extensión la cocina, la alacena y el retrete; y ya no había duda, era el hedor que predominaba en la estancia donde vivía: un viejo y destartado ático. Aquel matiz putrefacto no era sino el producto de la suciedad acumulada durante meses debido a su propia dejadez y desidia. Y sin embargo, y sin explicarse por qué, Amengual se sintió incomprensiblemente satisfecho.

Trató de hacerse una idea de qué era lo que le estaba ocurriendo; en qué género— si es que era eso lo que le sucedía — de animal, bestia, o alimaña, se estaba transfigurando. Durante un breve lapso de tiempo intentó buscar alguna causa o razón que lo explicara todo; pero no la halló. Hasta que exhausto por la emoción y sobre todo el cansancio del esfuerzo mental que se obligaba a hacer, decidió que no tenía porque inquietarse. ¿A santo de qué preocuparse? Si realmente lo que deseaba era eso. Él era... y sería, una fiera; en cuanto a las demás inquietudes, (las causas de su curiosa... mutación) ya se resolverían en su momento oportuno, y por supuesto, por personas con más capacidad intelectual que la suya.

Descendió de su apolillado camastro gateando, pero transcurrido un instante tuvo que ponerse en cuclillas, para finalmente incorporarse de nuevo; ya que naturalmente así le resultaba mucho más cómodo desplazarse. Y por otra parte supuso, tampoco debía tener algo que ver con los demás animales, de modo que, ¿por qué imitarlos? Así fue como alcanzó una nueva y sublime determinación. Él sería eso: una rareza. ¡La nueva especie por excelencia! Entonces se sintió verdaderamente trascendental, ya que por tanto él en su nuevo estatus, podría ser un organismo decisivo en la evolución de la naturaleza.

Se contempló desnudo delante del espejo del único armario de su desordenada habitación. Y en tanto observaba con cierto recelo sus calamitosos órganos genitales, percibió cada vez más solapado a su organismo, ese lado salvaje e indómito que todos llevamos dentro. Claro que.. quizá fuera un animal un tanto desagradable y sobre todo ridículo, pensó durante un fugaz instante, pensamiento que con rapidez cedió paso a un nuevo e instintivo sentimiento, que de viril se transmutó en exaltado: ¿Por qué había de ser hermoso si a fin de cuentas era una fiera? Sí, eso es lo que en realidad era o... sentía ser: un animal voraz y despiadado.

El ocho de enero de mil novecientos setenta y siete, Luis Amengual se despertó después de haber dormido toda la noche acurrucado bajo el lavabo del baño; saliendo de debajo entró de nuevo en su habitación y situándose en una esquina sencillamente orinó.

Esa mañana y según le indicaba el recuadro en color rojo que aparecía enmarcando el número ocho de su calendario, era domingo. Amengual sintió entonces y por primera vez una apremiante necesidad: tuvo hambre. Así pues decidió que como todo depredador tendría que cazar para alimentarse. Sin embargo él lo haría a su manera; aunque al cabo de unos instantes de profunda meditación alcanzó la sabia determinación de que todavía no estaba preparado para matar. Ya que su instinto animal aún no estaba lo suficientemente desarrollado. De modo que dirigiéndose a la nevera la abrió. Encontrándose con el último filete de carne sonrosada y succulenta que le quedaba. Inmediatamente y sin más preámbulos, empezó a masticarlo; pero algo no pareció funcionar en su organismo. O... sí funcionó; ya que aún más rápido lo devolvió entre sonoras arcadas.

“Menudo imbecil soy, se dijo. Me estoy comportando como un vulgar animal. Y... yo no soy eso, sino... ¡una nueva especie !” Entonces dedujo que ciertas variedades de animales expulsan la comida

para a continuación volver a ingerirla de nuevo. De modo que arrodillándose en el suelo recogió la porción de carne y la engulló de un bocado.

El nueve de enero debido al estridente pitido de su teléfono móvil, Luis Amengual se despertó bruscamente. Irritado se precipitó para tomarlo y cuando quiso hablar se dio cuenta, de que apenas era capaz de sostener el aparato. De modo que poniéndose de rodillas, con suma torpeza, aplicó el oído sobre el auricular. Éste se encontraba sobre la mesilla de noche. Así pudo escuchar la aguda vocecilla de Rosa, la secretaria del despacho donde trabajaba. Bueno, donde había estado trabajando. Durante su periodo anterior había ejercido de agente de ventas de una empresa inmobiliaria.

La dulce voz de Rosa le recordó imperativa y sobre todo agitada, que a esa misma hora debía acudir a una cita con unos clientes, los cuales, ya le estaban aguardando en las dependencias de la agencia. Amengual quiso disculparse; pero cuando trató de hablar en lugar de palabras de su garganta solo surgió un leve gimoteo desquiciado. Volvió a intentarlo de nuevo, pero en su alterada precipitación tan sólo consiguió dar un comedido lametón al auricular, pues Rosa en el fondo le agradaba y ahora de pronto no deseaba otra cosa sino aparearse con ella. Al no recibir respuesta la voz repitió exasperada.

—¡Por Dios Luis! De verdad. Este no es momento de tomarse las cosas a guasa. Apresúrate. ¡Quiero verte aquí en menos de media hora! De lo contrario ya sabes que aunque no me guste, no tendré más remedio que decírselo a Paco—. Y colgó.

El individuo que atendía por Paco, era... o mejor, había sido su jefe durante su infame periodo humano. Y ahora al evocarlo de nuevo, sus mandíbulas se contrajeron y sin esperarlo profirió un tenue e involuntario gruñido. Desde luego aquel individuo era un ser además de presuntuoso, desagradable, pensó Amengual. De encontrárselo, con gusto le asestaría un mordisco en la yugular. Y sin quererlo se encontró gorgoteando un amenazador gruñido al auricular.

Después Amengual lloró... Pero de impotencia; dado que aquella mañana se sentía más animal que de costumbre; y no era capaz de pensar más allá de lo imaginable. Y además, cuando se dispuso a salir del ático, comprobó que su desconocimiento como animal del uso del picaporte le imposibilitaba abrir la puerta. Negándosele por tanto toda posibilidad de salir a la calle. Se plantó con ira junto a la entrada y pese a ser un ser humano – pues sin duda es lo que todavía era – y saber abrir la puerta; un nuevo estímulo desconocido, una seducción animal innata en su entendimiento, poco a poco se superpuso sobre su perfil humano; y lo embarulló; subyugando y limitando sus acciones; y el huso del raciocinio; y, al nublársele parcialmente la inteligencia, la reacción consecuente originaba que olvidara el uso del habla; la percepción de la belleza; el análisis de las palabras; su morfología y encadenamiento lógico para componer frases y poder leer; y tantas cosas más...

Por todo ello arañó con rabia la superficie de la puerta, hasta que las uñas le sangraron, hasta que la garganta se le quedó seca de tanto gemir y hasta que logró arrancar una lágrima que resbaló por sus mejillas y provocó que se detuviera asombrado. Desde luego esa sí era una clara evidencia de que su transformación aún estaba incompleta, dedujo. De que quizá todavía se pudiera dar marcha atrás en el proceso. Se relajó, se encontraba cansado. Así pues se recostó sobre la alfombrilla “persa” del salón, (aunque de persa tuviera más bien poco) y así transcurrió el día: dormitando.

El diez de enero debido a la acuciante sed y hambre que padecía, Luis Amengual se despertó muy temprano; casi de madrugada. Excitado recorrió toda la casa hasta alcanzar la nevera donde con sorpresa comprobó que ahora tampoco le era posible abrir la puerta; pues había olvidado por completo como se hacía.

Podía percibir ambos impulsos pugnando entre sí, pero esa lucha interna de poco o nada le serviría para conseguir la comida ansiada. Claro que finalmente obtuvo una pequeña recompensa, dado

que la tapadera del urinario había quedado abierta; lo cual le permitió beber “agua” aunque eso sí, con el inevitable olor a orín.

Algo más tarde se sorprendió a sí mismo ensayando un primer esbozo de ataque y captura. Ensayo que efectuó utilizando como objetivo, la pila de revistas pornográficas que durante su época de hombre soltero había ido acumulando desbaratadamente bajo la mesa camilla del salón. Necesitaba ejercitar sus mandíbulas, aunque las encías se mostraron menos resistentes de lo esperado y acabaron sangrándole pronto. A continuación, saltó sobre la mesa de la cocina repartiendo lametones a diestro y siniestro, pero solo pudo relamer unas pocas migas de pan. Y allí encima, fue donde se quedó dormitando durante el resto del día.

El once de enero Amengual recibió otra llamada. Era su jefe. El infame le llamaba para despedirle personalmente, e indicarle que se pasara por las oficinas a retirar sus efectos personales.

Empezó diciéndole.

¡Queda usted despedido por su absoluta falta de ética!

—Y además... ¡Su actitud! Y váyase olvidando de recibir un solo céntimo de finiquito. ¡Me oye Amengual...! ¿Me presta atención...?

Y a continuación el majadero todavía tuvo que aclarar.

—Cómo sabe... eso... fue... lo que acordamos en el precontrato que usted mismo rubricó de su puño... y letra... ¡Se entera...! ¡Amengual! ¡Conteste por favor...! Sé que está ahí... Vamos, sea razonable, no sea bobo. Al menos demuéstreme que estoy equivocado... ¿o no lo estoy? ¡¡A - men - gual...!!

—¡De acuerdo! Como quiera. Si así lo prefiere... ¡Allá usted...!

Y colgó.

Mientras aullaba inquieto encima del auricular, Amengual terminó por orinarse. ¡El jefe! ¡Era un mamarracho!, pensó. Presentaría el caso ante magistratura y lo llevaría a los tribunales, y entonces, ya se vería quien era más listo de los dos.

Inmediatamente después Amengual había olvidado aquellos sentimientos humanos. En realidad lo había olvidado todo.

Más tarde defecó en su rincón preferido; luego paseó por la cocina buscando cualquier rastro de comida. Pero no tuvo éxito, por lo menos hasta que la suerte le brindó una pieza inesperada: una enorme y reluciente cucaracha, que tras una breve persecución logró capturar y devorar con ansiedad.

El doce de enero alguien llamó por el timbre del contestador desde el portal. Colocando con torpeza una “mano” o “pata” sobre el botón del telefonillo, Amengual pudo escuchar la voz de Rosa. Guardó silencio, porque de pronto y por primera vez sintió vergüenza de su condición. Al menos, en lo tocante a ese aspecto, su lado humano continuaba siendo fuerte.

—¡Luis, Luis! ¿Estás ahí? Vamos... contéstame. ¡Soooy Rosa....! Sabes... te echo tanto de menos en el trabajo y... y... además... Paco... El cerdo de Paco.... Ahora que no estás tú para protegerme... ¡se propasa conmigo...! Y.. y... el otro día hasta me dio un pellizco en..en.. ¡figúrate donde! Luis.... ¿Luis...? Clikkkgggppff...

Y colgó.

Después de que ella se hubiera marchado solo un lloriqueo amargado surgió de la garganta de Amengual.

El trece de enero Luis Amengual se despertó tiritando. Supo que tenía fiebre, pues al palparse la punta de la nariz comprobó que estaba reseca y caliente. Posiblemente las cucarachas de las que se alimentaba le estaban sentando mal. Decidió no comer ni una sola más. Para purgarse, apuró las hojas del macetero de geranios. Esto naturalmente no solucionó su situación.

El catorce de enero transcurrió la primera semana desde que tuvo lugar su exitosa transformación y la verdad, cada vez se sentía peor. De pronto, alguien tras golpear varias veces la puerta y no recibir contestación deslizó una nota bajo el marco.

Amengual jamás supo cómo lo logró; pero el hecho es que después de unas horas de mordiscos y frenéticos gruñidos, consiguió rasgar el sobre. También sin saber cómo lo leyó y comprendió lo esencial. Era de Rosa. Decía que le amaba y que como prueba de su afecto, esperaba verlo en el Café Central a las cinco de la tarde. De no presentarse ella sabría con certeza que él no la amaba.

Amengual se desquició. Necesitaba que alguien le abriera la puerta para poder salir de allí. Y comer y vivir una nueva vida; tal vez con Rosa. Desesperado se recostó en un ángulo de su habitación y se dedicó toda la tarde hasta bien entrada la noche a mordisquear el yeso de la pared. Cuando la luna salió y se dejó ver a través de los cristales del ventanuco del ático, Amengual aulló durante un par de horas demostrando su más profunda tristeza. La casa era antigua, las paredes gruesas y el único vecino que había tenido, un viejo infeliz y solitario, había muerto el mes anterior; por lo tanto nadie pudo oírle.

El quince de enero cazó al vuelo un par de moscas....

El dieciséis se despertó baboseando. Luego se tranquilizó a sí mismo porque pensó, que si conseguía sobrevivir hasta fin de mes, tal vez la casera cuando fuese a cobrar, al no recibir respuesta, abriera la puerta con la llave maestra; liberándole así de la prisión en que se había transformado el piso.

Luego pasó el día tratando de encender el televisor. Pues se sentía más humano que de costumbre. Aún así no consiguió dar marcha atrás en su proceso, y menos cuando por fin encendió el televisor. Pues la desordenada fanfarria de ruidos y colores que aparecieron reflejados, apenas significaron nada para él.

El diecisiete... tuvo pulgas por primera vez ¿Por dónde habrían entrado...?

El dieciocho; ¡por fin era dieciocho!, alguien estuvo forcejeando delante de la puerta. Al final se marchó. ¿Volvería...?

El diecinueve... ¡Nada! Un día de tantos.

El veinte ¡Nadie...!

Al amanecer del día veintinueve Luis Amengual ni siquiera tenía fuerzas para moverse. Con sus cuatro “patas” o “extremidades” o “protuberancias” extendidas reposaba sobre el parqué. Ya no era capaz ni tan siquiera de emitir un leve quejido.

Llamaron a la puerta. Estuvieron haciéndolo durante bastante tiempo. Luego empezaron a gritar y a golpear.

Cuando la puerta cedió ante el empuje de los bomberos, Luis Amengual expiraba.

Mientras retiraban su cuerpo, un hombre exclamó asombrado.

—¡Dios mío, que hedor! ¡Que asco! ¡Parece el cubil de una jauría de... de... bestias...!

—¿De lobos?

Le inquirió un compañero más joven con cara de visible afectación

—No peor aún... Mucho peor... Quizá... ¡Una nueva especie de...!

Los demás, hombres curtidos, insensibles al desaliento, le observaron en silencio.

24/07/2000

FIN

El caso Werner

Siempre lo pensé. Los escasos momentos que pasé en compañía de Alicia López Werner, fueron como un sueño para mí.

Y ahora ella estaba allí, delante. Y yo no podía dejar de sentirme como un idiota, mientras contemplaba embobado la admirable perfección de su cuerpo.

¡La Werner! Creo que la última vez que tuve ocasión de verla, fue en el Honky Tonky, a finales los años noventa. Estaba tan sublime como siempre; aunque yo sólo representara para ella un ente más de los muchos que pululaban a su alrededor. Hacía tiempo que yo había dejado de formar parte de su círculo de bufones, y sólo estaba allí para admirarla de nuevo. Aquel día ella me ignoró. Pasó a mí lado como eso; como si yo fuera nada o no existiera. Luego, se diluyó entre la bruma de abril para siempre.

Y ahora ella estaba allí, delante de mí. Bueno, ella ya no era ella, sino su cadáver. Yacía sobre el frío metal de una de las camillas del I.A.F; con seis balas agujereándole su inmaculada carne como si fuera queso gruyere. Y aún así la cabrona seguía teniendo presencia; e incluso más que nunca... Por cierto, el I.A.F es como los del gremio solemos denominar al Instituto Anatómico Forense.

Me llamo Alfredo Couto; mi familia es de origen brasileño pero yo nací en España. Hay quien dice que trabajo de perro de presa, yo me limito a aclarar que de investigador privado. Mi trabajo es más o menos el mismo que hacía Bogart en sus filmes, pero en modesto. Aunque esto es la vida real, lo cual lo convierte en algo un poquito más crudo. Me dedico a husmear bajo la mugre que carcome la ciudad.

¡Me disgustaba ver así a la Werner! Creo que siempre estuve enamorado de ella, por lo cual, aunque indirectamente, nunca le perdí la pista. Últimamente había oído hablar que se buscaba la vida por ciertos antros de la Costa de Polvoranca. Cómo es natural, la cosa no me gustó y presentí que aquello no podía presagiar nada bueno.

Cuando llegué al I.A.F., llevaba algo más de tres horas muerta. La hora que debieron emplear sus asesinos en transportarla hasta el embalse de Valmayor, amarrarla a una buena roca y tratar de arrojarla al agua; y otras dos para trasladarla al Instituto. Eso si, con lo que no contaron en su momento aquellos rufianes, fue con que a esas horas de la madrugada (más o menos alrededor de las cinco), se habrí-

an de topar con una pandilla de imbéciles colgatas. Y como no podían acabar con todos ellos, cuando estaban a punto de culminar el trabajito, optaron por olvidarse de la Werner. Y así la encontraron: un precioso cadáver colgando sobre la barandilla de aquel puente.

Eran las siete de la mañana y me moría de sueño. Pero al forense no le ocurría lo mismo. Estaba claro que a aquel tipo extravagante le entusiasmaba su repugnante trabajo. O en todo caso la Werner. Empezó por enumerar las causas de su fallecimiento.

—Entrada de bala en el abdomen a la altura del ombligo, estómago perforado: herida mortal a corto plazo. Entrada de bala entre la cuarta y quinta costilla con penetración del pulmón derecho: herida grave. Entrada de bala en el muslo de la pierna derecha alojándose en el fémur: herida leve.

Y finalizó:

—Entrada de bala por el parietal izquierdo del cráneo y salida por el derecho: Lesión mortal de necesidad.

A continuación alzó la cabeza y contemplándome impávido tras sus lentes de miope, me aclaró.

—Éste fue el último disparo. Se realizó a escasos centímetros de la cabeza de la víctima.

Luego indicándome el cráneo, señaló:

—Observe las quemaduras producidas por el cañón del arma en el pelo y cabeza de la víctima. Aquí y aquí. ¿Ve?

No tuve fuerzas para mirar tan de cerca el fiambre de la Werner, se me revolvía el estómago y no era de asco sino de mal rollo. Yo había sido suyo, aunque solamente fuera una vez en la vida, y ahora ella estaba allí: Muerta... No, ¡asesinada! Lo que todavía era mucho peor.

Pero el forense no se detuvo, sino que continuó enumerando los demás indicios.

—En los intersticios de las uñas veo restos de un polvillo.

Extrajo un poco, lo examinó al microscopio, pero como parecía no acabar de precisar lo que era, usó un método más rudimentario pero también más efectivo. Se pasó un poco por la punta de la lengua y al fin sin dudar afirmó.

—¡Es cocaína!

Y sin inmutarse prosiguió.

—El tabique nasal está perforado.

Evidentemente aquello no era una herida de bala, sino las secuelas de su desmedida adicción a la coca. Por lo visto la chica le había cogido afición a la marchita esa del polvillo. Desde luego ya no era la misma que yo había conocido.

Mientras tomaba un café para ver si se me despegaban las legañas de los ojos, se me ocurrió lo del “Red”. El Red era un antro afro que se las daba de tener un elevado caché. Quizá fuera el lugar ideal donde empezar a husmear. No en vano, el dueño, un tal John Samkata, un nigeriano loco al que le encantaba follarse a ciertas Top Model blancas, había sido visto en alguna ocasión en compañía de la Werner.

Cuando me personé allí ya eran las nueve y pico de la mañana, pero eso no era inconveniente para que el lugar continuara funcionando a pleno gas. Hube de reconocer que el paisaje estaba espléndidamente decorado; en ambas barras del local había unas cuantas muñequitas que me atendieron como si fuera un Marajá. Por lo demás, en un par de años, el cuchitril no había cambiado demasiado, excepto en algunos detalles sin importancia; como por ejemplo, las paredes; que estaban adornadas con deprimentes máscaras de ogros y diablillos, de esas que solo acojonan a los imbéciles.

Samkata era un negro alto, ancho de espaldas, y con una horrible cicatriz en el pómulos izquierdo. Además tenía la cabeza más pelada que una cáscara de huevo. No sé si se habría quedado así de tanto mirarse en el espejo que tenía delante, o se depilaba el cráneo. Naturalmente nada más presentarme se portó de pizarra conmigo. Total como si fuéramos colegas de toda la vida. Por supuesto el tipejo no estaba enterado de nada; por no saber ni siquiera sabía que esa misma noche acababan de convertir en colador a la Werner. Se lo dije y el muy canalla montó un numerito con lloriqueo y maracas incluidas, pero yo sé que en el fondo se reía por dentro. Se le veía tan seguro de sí mismo, que me dieron ganas de abofetearle a ver si así le cambiaba la expresión, pero me reprimí al pensar en la pobre Werner.

Me invitó a sentarme, me ofreció una copa de Brandy, cruzó las manos sobre la mesa y continuó.

—Bien. Y dígame, ¿qué más desea saber?

Lo miré sin hablar. El tipo o me tomaba por imbécil o se reía de mí.

—Oh... Pues nada en especial. Aparte de si se masturba mirando a sus putillas de la barra...

Se rascó el cogote y me miró con desprecio, mientras hacía como si se enderezara la mandíbula torcida. Pero no se dio por aludido. Así que fui al grano.

—Quiero saber la verdad sobre el caso de la Werner, o de lo contrario se verá obligado a responder personalmente desde el trullo.

Se levantó agitado del sillón, dio un puñetazo sobre la mesa escritorio y dijo.

—¡Oiga! Aquí todo está en regla, sabe...

—¿Ah sí? No me diga. Y que me dice de la conversación que acabo de mantener con uno de sus bomboncitos de la barra. Juraría que me ha dicho algo acerca de unos papeles que no tiene y....

—Rascándose con nerviosismo una oreja, añadió

—Está bien. ¿Qué desea saber?

—¡Todo!

—Miré... resulta que yo no tengo nada nuevo que contar. Por qué no prueba con el McKoy. Seguro que él sabe más que yo...

—Ya... cuénteme otro cuento.

—Es la verdad.

—¿La verdad?

No había manera. Estaba claro que ninguna de aquellas mentiras le iba a reformar. Y a mi forma de ver, el tipo no dejaba de ser un cabronazo sin escrúpulos.

De modo que salí de allí tal como había entrado: con una mano detrás, la otra delante y las ojeras en su sitio; y cada vez más obsesionado con el cuerpo de la Werner que ya no me podría follar. Y puesto que ya estaba allí y además, más desvelao que un pavo antes de la cena de Navidad, decidí hacerle caso a Samkata y realizar una discreta visita a la compe.

La competencia era el Pub Barnacla. Según mis informes el McKoy, que así le apodaban, era el dueño de aquel antro.. Se trataba de un antiguo legionario que, según se decía, había hecho fortuna traicionando a unos cuantos compinches. Evidentemente no era un tipo de fiar, pero aquello sólo eran rumores; no había pruebas. Sobre lo que sí había pruebas era que con anterioridad, había sido destacado cabecilla de una pandilla tristemente célebre por sus inclinaciones racistas y violentas. Por lo tanto, resultaba obvio, que Samkata y el McKoy no estaban a partir nueces.

El Barnacla, al contrario que el Red, estaba casi vacío; lo cual permitía comprobar del lado de quien se decantaba la balanza últimamente. En la barra no atendían señoritas sino maromos maricones con cuerpos moldeados por el culturismo. Sin embargo, haciendo como que bailaban en el centro de la

pista, había tres o cuatro negritas, de esas que logran que se le caiga a uno la baba. Me dio la impresión de que se habían cambiado de acera.

Cuando entré en el despacho del McKoy éste ya estaba al corriente de que deambulaba por la zona, pues me trató mejor que si fuera un concejal. El tipo era tosco, nada elegante y no muy inteligente. Indudablemente, si había escalado hasta la posición en que estaba, no había sido por sus cualidades de caballerosidad. Resultó ser un bocazas y además, olía a alcohol que apestaba. Me recibió diciendo:

—¡Chico! Te vas a llevar una desilusión porque aquí no nos va eso de ponernos hasta el moño y tampoco tenemos nada que ver con lo que le ha pasado a esa... zorra.

¿Qué había dicho? ¿Qué no había mierda en su mierda de local? Era eso lo que acababa de decir aquel “hijo de la gran puta”, cuando todo el mundo sabía que entre él y Samkata se repartían el cuarenta por cien de la coca de la capital, y el cien por cien de la de Polvoranca. En cuanto a lo de llamar zorra a la Werner... Presentí que la cosa no iba a quedar así. Ya ajustaríamos cuentas...

—Y ¿quién te ha dicho a ti que vengo por un asuntillo de drogas? Eh, chico listo.

Le recriminé cabreado.

Se quedó mirándome con aire de desconcierto. De pronto su semblante se iluminó como el de un orangután satisfecho y soltó una risotada

—¡Bueno! ¡Eso ha sido muy bueno!— dijo mientras me señalaba y añadió:

—Porque lo sabe todo Madrid.

Y era cierto. A esas horas la noticia debía haber volado y estaría ya en el aire; en los periódicos, y en los noticiarios matinales. Decidí contraatacar.

—Y dime... Que sabes tú de la Wener. Le pregunté.

—Nada... Aparte de que es una puta de tres al cuarto—. Dijo, mientras se limaba las uñas.

Aquellas palabras me sacaron de quicio. Me levanté, lo agarré de las solapas y le crucé la cara un par de veces. Luego añadí.

—¡Ya! Y por eso te lo haces con ella todas las noches ¿No tipo listo?.

—¡Oiga! O deja de molestarme o llamo a la poli...

—Ah sí ¿De verdad? A la poli. Pagan bien tus servicios, verdad. Y dime. Qué les vas a soplar esta vez. Eh... chivato de mierda...

Lo ultimo que dije no le sentó bien a aquel reyezuelo. Tuve que salir jugándome el pellejo, porque aparecieron dos de esos maromos maricones, y parecían dipuestos a hacerme pupa.

Estaba claro. No había nada más que sonsacar. Tanto el McKoy como Samkata tenían buenas coartadas; al menos por el momento.

Regresé a casa. Me sentía fatigado y necesitaba descansar. Mientras subía en el ascensor no dejaban de asediarme imágenes de la Werner. La Werner sonriéndome, la Werner metiéndome mano y por último, la Werner suplicándome a gritos que la penetrara; porque sólo a través de su cuerpo podría expiar los pecados de su vida y a la vez, resolver los misterios de su muerte.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron para dejarme salir, me había puesto otra vez cachondo. Doblé la esquina y justo al fondo del pasillo, sorprendí al individuo; urgaba en la cerradura de mi puerta. El tipo estaba tan entregado en su tarea que ni me vio. Retrocedí sobre mis pasos me aposté al otro lado del pasillo y esperé. El hombre abrió la puerta entró en mi apartamento y volvió a cerrar. Aguarde cerca de veinte minutos y visto que no salía opté por entrar yo mismo.

Entré en silencio. Podía sentir como el corazón golpeaba con violencia dentro de mi pecho. Mis

manos sudaban y se aferraban con desesperación al Browning. Tras asegurarme de que el tipo no se hallaba en el salón, me dirigí a mi habitación. La encontré echa un asco; la cama estaba desecha, pero eso era porque yo la había dejado sin hacer; en realidad mi habitación siempre estaba echa un asco, pensé. Primero miré bajo la cama, luego tras las cortinas, a continuación en el armario. Con cierto alivio me dije que el tipo debía haberse largado. Entonces me fijé en que la puerta corredera de la terraza, estaba semiabierta. Y estaba casi seguro de haberla dejado cerrada. Me dirigí hacia ella. Me disponía a salir cuando el hombre se abalanzó sobre mí. Lo sentí aferrarse a mi cuerpo como una lapa. Dominado por una mezcla de rabia y terror lancé un puñetazo a bulto y mordí los tentáculos que rodeaban mi cuello. A su vez recibí una especie de mazazo en el estómago que me hizo doblarme. Caí al suelo y rodé; pero la masa seguía aferrándose a mí. Algo duro me golpeó en la mandíbula; después en las nalgas. Pude ver el rostro enrojecido del hombre que estaba sobre mí. Conseguí aferrarme a una de sus piernas y se la retorcí con saña, hasta que el hombre se vio obligado a darse la vuelta. Entonces fui yo quien se puso sobre él. Le sujeté por un brazo y le hice una llave de judo. El tipo chilló como un cerdo y aflojó la oposición. Con destreza inusitada le puse las esposas que suelo llevar encima para casos de emergencia. Y ambos, agredido y agresor, permanecemos resoplando durante más de diez minutos uno al lado del otro. Luego me incorporé, me senté sobre la cama y lo observé. El individuo no tenía nada del otro mundo, excepto un afilado punzón que por fortuna se le había caído en la gresca. Entonces comencé a preguntar.

—¿Quién eres?

No contestó.

—¿De dónde vienes?

Tampoco contestó.

—¿Quién te manda?

Suspiró, pero de hablar, ni media.

Indignado le di una patada en los huevos y entonces chilló otra vez y se retorció de dolor. Lo dejé tranquilo. Esperaba que para cuando se le pasara el achuchón, cambiaría de opinión. Pero tampoco lo hizo. Por lo visto era un tipo, además de testarudo, valiente. Pero el valor de poco sirve en estas situaciones; lo sé muy bien. Sólo tras arrearle cuatro o cinco hostiazos de más comprendí que el tipo no hablaba porque era mudo. Intenté que escribiera algo pero se negó. Al cabo de un rato lo tenía hecho un asco; sangraba más que un guarro en la matanza y estaba amoratado. Sólo entonces comprendí que si no escribía no era por que no quisiera, sino por que era analfa.

“Muy inteligentes”, me dije con rabia. Habían mandado a asesinarme a un paquete, por si sucedía lo que acababa de ocurrir que no hubiera forma de saber nada. Pero yo conocía métodos para hacer hablar a cualquiera e incluso a un “analfamudo”. Y desde luego, en ese preciso momento, no me sentía nada caritativo.

Lo até a una silla, lo descalcé, luego escribí en una hoja un Sí y un No bien claros, y con un mechero comencé a calentarle los pies. Y entonces el “analfamudo” habló. ¡Y vaya si habló! Juraría que hasta recitó el abecedario por primera vez en su vida.

Y así fue como supe ciertas cosas increíbles; cosas como que había un tercer poder implicado en la carrera por el dominio de la coca. Cosas, como que yo resultaba molesto y deseaban apartarme del juego. Y cosas como que había un dineral en liza para untar a no sé quien, que se había esfumado. Y sobre todo cosas como que la Werner jugueteaba a tres bandas; es decir, se lo hacía con Samkata, el McKoy y con quien quiera que fuese el tercer o terceros implicados.

Cuando me sentí satisfecho, dejé bien amarrado al mudito, luego me serví un whisky bien cargado, me eché sobre el sofá y allí me quedé sobao, igual que un ángel redentor.

Me despertó el teléfono. Al otro lado del cable la voz inquieta de una mujer me pedía..., bueno, más bien me suplicaba si podría verla a las diez en la discoteca Friends. Añadió que hablar con ella me haría comprender muchas cosas. Yo tenía un mosqueo del copón, pero me dejé arrastrar por esa especie de curiosidad indomable que siempre me ha poseído y finalmente accedí. Antes pasé por la casa de Paco, un fiel colaborador y amigo. Le dejé al cuidado del paquete y le recomendé que se estuviera tranquilo y mantuviera los ojos abiertos.

A las diez en punto estaba en la disco; y a las diez y cinco minutos me quedaba extasiado y también mudo. Ahora sí que estaba en igualdad de condiciones con mi colega de altercado; y sólo de ver a la maravilla que estaba sentada en una de las butaquitas al otro lado de la sala. ¡Era ella! ¡La Werner!; o su vivo retrato. Al instante recordé y asimilé lo que ella me había dado a entender en la conversación telefónica. Yo había preguntado.

—¿Y cómo te reconoceré?

Y ella solamente había dicho:

—No te preocupes por eso. Me reconocerás.

El hecho de volverme a sentar al lado de la Werner acabó por desmoronar mi complejo corazoncito. La besé; la besé y la abracé con lágrimas en los ojos; como si en realidad fuera ella. Lo curioso es que ella, que por supuesto no era ella, sino ¡su hermana gemela! (a veces el señor es caritativo con los mortales) se dejaba hacer. Y así estuvimos los dos; besándonos como locos, fundidos en un interminable apretón. Naturalmente, Priscilla López Werner, que así se llamaba, no usaba el mismo perfume y ni siquiera tenía la mirada frívola de su hermana, la verdadera Werner. Pero en esos instantes, aquellos detalles sobraban y me resultaban además de pasados, intrascendentes; porque sin recuperarla al completo, el hecho de tener tan sólo una mínima parte de ella, o aunque fuera un simulacro de ella, me aliaba y satisfacía plenamente.

—¡Te quiero garota! Le dije sin poder reprimir mis instintos amorosos.

Y ella permaneció un rato mirándome como si estuviera alucinada. Hasta que balbuceó:

—Pero... Pero si apenas acabas de conocerme.

Y yo contesté:

—No. Te conozco de sobra mi garotina.

Y ella añadió:

—Chico... ¡tú estás loco! Yo solo soy su hermana. Trata de entenderlo. Ella está muerta. Y además nosotras nunca fuimos iguales, ni siquiera nos parecíamos...

Asentí sonriendo. Me daba exactamente igual. No eran iguales y era cierto. Pero aquello de que ni siquiera se parecían... Vaya si se parecían. Eran casi como dos gotas de agua.

—Dame tiempo—, le dije.

Ella asintió. Pero a continuación miró a su alrededor. Comprendí que quería estar segura de que nadie nos observaba. Pero la observaban, cómo no iban a fijarse en ella. Ojos ocultos en la oscuridad de la barra la miraban; igual que lo hacía yo; con lascivia, con deseo. Porque ella era igual de llamativa que su hermana. ¡Vamos! Que estaba igual de buena; o incluso más; y además era más tranquilo, y sobre todo menos chula; aunque todo eso me importara un carajo.

Me habló al oído y entonces supe muchas más cosas. Cosas como que ella y su hermana trabajaban juntas. Cosas como que cuando reunieran el dinero suficiente pensaban abrirse a Centroamérica.

Sin embargo, algo no había funcionado, porque la Werner, la verdadera Werner, de tanto pringarse con coca se había terminado por enganchar. Y además, luego había habido filtraciones, seguramente procedentes de la propia Werner, que cuando se colocaba se le soltaba la lengua. Y al final uno de los dos, Samkata el McKoy, o quizá y aunque parezca extraño, por una vez los dos juntos, habían pretendido hacerse con la pasta que la Werner transportaba para untar al tercer poder. Circulaba el rumor de que detrás de todo estaba un alto cargo de la policía; pero eso no era más que un rumor extendido por ellas. Porque el verdadero poder no era otro que el que detentaban ambas hermanas. Así era como mantenían en jaque y les sacaban los cuartos a Samkata y al McKoy, y por eso mismo, cuando descubrieron la farsa, liquidaron a la Werner. Sólo se equivocaron en un detalle esencial: Que había dos Werner. Por eso cuando la pescaron, ella ya no llevaba encima el dinero, porque quien lo tenía era su hermana Priscilla.

Entonces fui consciente de que aquella era la primera vez que trabajaba de gratis para alguien. Y ese alguien no era otro que el cadáver de la Werner. Pero no le di importancia al asunto; porque había recuperado a la Werner. Claro que Priscilla López Werner no era la verdadera Werner, me dije. Pero a fin de cuentas, era una Werner. ¿Y qué mejor que liarse con una Werner podrida de pasta...?

25/05/2001

FIN